

¿Cuál democracia?

María Sol Navia*



El Gobierno venezolano habla de que es un gobierno legítimo, y como tal se siente con derecho para ejercer toda clase de abusos, represión, persecuciones a los opositores, silenciar a la prensa, de actuar como una sangrienta y cruel dictadura: como la que es.

Igualmente, los gobiernos latinoamericanos, se cubren con el ropaje del respeto a la autonomía de los pueblos, y lo califican de democracia legítima, mientras permiten las masacres y atropellos que está viviendo este sufrido y valeroso pueblo.

No podemos olvidar que si bien hubo un proceso electoral, en el cual salió electo Nicolás Maduro, este proceso fue cuestionado y denunciado por la oposición, por toda clase de acciones que produjeron como resultado un ejercicio electoral poco transparente y representativo de una verdadera democracia. Incluso desde antes de las elecciones ya se habían hecho denuncias sobre corrupción y la

fuerza que se estaba ejerciendo contra cualquier tipo de oposición.

Pero finalmente esto no es solo lo que cuenta. El principal símbolo de una democracia es la separación de poderes, así está definido desde Montesquieu, y en Venezuela esta no existe desde los tiempos de Chávez, cuando cooptó el poder legislativo y la justicia. No existe ninguna independencia: los órganos del poder judicial actúan bajo las órdenes de Maduro, tanto así, que este dice abiertamente: ya ordené que capturen a tal persona. El Congreso, independientemente de que el señor Cabello tenga sus disputas más o menos soterradas con Maduro, actúa totalmente al servicio del régimen dictatorial.

En una democracia se respeta la libertad de opinión, de expresión, de prensa, de asociación, y

“El principal símbolo de una democracia es la separación de poderes, y en Venezuela esta no existe desde los tiempos de Chávez.”

los derechos civiles, las libertades individuales y el ejercicio de la propiedad privada.

De todo esto queda poco en Venezuela, la persecución a la prensa y a los medios en general ha sido ostensible, las persecuciones y encarcelamiento de los opositores y estudiantes que protestan por la grave situación que afronta el país, las expropiaciones y las limitaciones a la actividad empresarial están a la orden del día, con lo que solo ha logrado el régimen, veinte desde Chávez, el debilitamiento de la producción y la distribución de bienes, con sus funestas consecuencias de escasez, desempleo, desabastecimiento, inflación, etc.

“Todos somos Venezuela”: los periódicos están haciendo una acción de solidaridad, no solo informando y denunciando, sino con acciones efectivas como el caso de los diarios colombianos que emprendieron la titánica tarea de hacerles llegar papel a los de Venezuela, esfuerzo que está siendo seguido por otros diarios de América.

¿Qué estamos haciendo los demás? Si los gobiernos no actúan, debemos todos los ciudadanos que cree-

mos en la libertad, en los derechos humanos, en el respeto a la democracia y sus instituciones, en el ejercicio empresarial responsable, eficaz y honesto, respaldar al pueblo venezolano que está sufriendo privaciones y persecuciones, apoyar a la oposición que está batallando arduamente por una posición en el panorama político venezolano y en latinoamericano; y especialmente, nosotros los colombianos, que vemos cómo la amenaza del socialismo del siglo XXI, con su corte castrista y chavista, asoma a nuestras puertas en el esquema ‘venezolanizado’ que se ha querido imponer en la capital de la República.

No olvidemos el tan repetido poema de Martín Niemöller: “Primero vinieron a buscar a los comunistas y no dije nada porque yo no era comunista. Luego vinieron por los judíos y no dije nada porque yo no era judío. Luego vinieron por los sindicalistas y no dije nada porque yo no era sindicalista. Luego vinieron por los católicos y no dije nada porque yo era protestante. Luego vinieron por mí pero, para entonces, ya no quedaba nadie que dijera nada”.

*Exministra de Trabajo

Hablemos de impuestos

Hernando Zuleta*



En la campaña presidencial de hace cuatro años, Antanas Mockus propuso elevar el recaudo tributario como proporción del PIB y Juan Manuel Santos afirmó que estaba dispuesto a firmar sobre piedra que no subiría los impuestos. Creo que este tema debe discutirse nuevamente en la campaña actual, pero en esta ocasión la discusión se debe centrar en la forma de aumentar el recaudo, pues la necesidad de incrementar los ingresos tributarios es evidente.

En primer lugar, como es ampliamente conocido, en el Conpes 3726 del 2012 se estima que la Ley de Víctimas costará 60 billones de pesos en 10 años. Sin embargo, hay escenarios menos optimistas y la cifra puede llegar a 80 billones. Esto implica que la ley de víctimas demanda una suma que representa entre el 6 y 8 por ciento del recaudo tributario anual.

Segundo lugar, la mayoría de los candidatos parece haber aceptado la propuesta de ‘Todos por la educación’. De acuerdo con este plan, se requiere destinar al sector educativo un monto adicional cercano al 10 por ciento, el recaudo tributario cada año.

Tercero, no es claro qué sucederá con los precios del petróleo, el gas y el carbón, como tampoco lo es qué pasará con las reservas y, por este motivo, no es deseable contar con estas fuentes de ingresos. En esta dirección, en su columna de *El Tiempo*, Carlos Caballero, haciendo eco de las proyecciones de *The Wall Street Journal*, afirma que los precios de los combustibles fósiles pueden caer en 25 por ciento en los próximos 5 años.

Cuarto, el tema de la política industrial y la atención al sector agrícola forma parte del discurso de los candidatos. Por supuesto, estas políticas demandan recursos del fisco.

Y por último, el cumplimiento de lo acordado en los diálogos de La Habana, requerirá de un esfuerzo fiscal considerable. Aunque aún no se conocen los detalles de los acuerdos, es claro que el cumplimiento de los ellos implicará un aumento considerable del gasto público.

Actualmente, el recaudo en Colombia es de cerca del 20 por ciento del PIB. Mi estimado es que para cumplir con la Ley de Víctimas, los acuerdos con la guerrilla y promesas de campaña, el recaudo debe ser cerca del 25 por ciento del PIB.

La pregunta que deben responder los candidatos presidenciales es: ¿cómo conseguir ese 5 por ciento adicional? En otras palabras, ¿qué reforma tributaria proponen?

Abordar este problema implica asumir una posición clara con respecto a la estructura tributaria, lo cual obliga a discutir complejidad y extensión del código tributario. Asimismo, resulta necesario discutir el tema de la progresividad o regresividad de los impuestos.

A pesar de su importancia, hasta el momento ningún candidato se ha referido a este tema. Probablemente, la sensibilidad que genera, hace que cualquier pronunciamiento al respecto sea arriesgado. No obstante, mientras los votantes no tengamos una idea clara de la manera en que cada candidato enfrentaría el problema fiscal, no podremos tomar una decisión informada.

La revolución que necesitamos

Gustavo Valdívieso*



Hay muchas formas de entender el concepto ‘revolución’, pero una particularmente útil la usó Henry Kissinger en *Un mundo restaurado*: una situación en la que las antiguas reglas de juego han dejado de estar vigentes. Aplica al cambio tecnológico y a la diplomacia, igual que a las relaciones de poder sociales.

Hoy, Venezuela y Colombia están necesitando revoluciones, ambas de naturaleza política referidas al poder sobre lo común, pero diferentes en sus implicaciones.

Venezuela vive una rebelión contra la revolución que comenzó hace 15 años -el socialismo del siglo XXI- y que ha consistido esencialmente en que el grupo que llegó al poder en febrero de 1999 puede cambiar cualquier regla -de la economía, la educación, lo militar, las

relaciones internacionales- a su antojo. Solo eso ha sido estable en el modelo que inauguró Chávez.

En Colombia, no hay ninguna rebelión en marcha ahora, fuera de las que se han prolongado por décadas. Pero sí existe un descontento generalizado con el sistema político que no favorece la inversión, la innovación y, por ello, el crecimiento a largo plazo. Por ahora, ese descontento se manifiesta en abstención, voto en blanco y paros.

Cuando escribimos estas líneas la rebelión venezolana aún no es una revolución, está estancada y muestra signos de agotamiento, precisamente por no ser revolucionaria frente a un régimen dispuesto a todo para mantenerse en el poder. El esquema de ‘protestas’ que normalmente lograría cambios de un régimen democrático restringido en su acción por las leyes, resulta insuficiente frente a otro, tiránico en el sentido de Aristóteles, que no se siente constreñido por esas normas.

Si las cosas cambian, la única opción que no impli-

que más violencia, dados los intereses creados en el modelo actual, será un cambio radical en la forma de administrar el país, con toma de decisiones mucho más consensuada que la que implica la democracia representativa convencional. Es decir, una revolución política cuyo objetivo principal sea precisamente minimizar la violencia.

En Colombia, las necesidades son diferentes. No se trata de frenar un régimen que gobierna sin restricciones, ignorando abiertamente los derechos políticos de medio país como en Venezuela, sino de reformar un sistema en que la representación no está operando.

Nos hemos acostumbrado a un nivel altísimo de violencia que, sin embargo, no se desborda. Pero mientras los cambios tecno-

“Un mundo más inestable requiere sociedades más cohesionadas y más inteligentes para enfrentarlo.”

lógicos y sociales se siguen unos a otros y nos adentrarnos en la turbulencia climática más grande de la historia humana, nuestras decisiones relevantes las sigue tomando un Ejecutivo que no encuentra en los partidos la representación de sectores sociales con los que consensuar, sino grupos de ‘barones’ con los que sobornar.

La primera revolución que necesita Venezuela es la que permita a los inconformes derrotar a la dictadura. La segunda, es una necesidad común con Colombia: una que instaure un régimen político altamente inclusivo, que minimice la exclusión de sectores de las consideraciones decisivas y potencie de esa forma la toma de decisiones mejor informadas y más sostenibles. Un mundo más inestable requiere sociedades más cohesionadas y más inteligentes para enfrentarlo. La revolución que necesitamos es la que produzca ese tipo de sociedad entre nosotros. La alternativa es caos.

*Profesor U. Externado, gustavovaldivieso@yahoo.com

Profesor asociado, F. de Economía, U. de los Andes, hernando.zuleta@gmail.com